

ñola», era, de hecho, en gran medida italiana. Cuatro quintos de las galeras que aportó España habían sido construidas y pagadas en los Estados italianos de la monarquía.

La flota salió de Messina el 16 de septiembre y se dirigió a Corfú. Se les informó que los turcos estaban en el golfo de Lepanto. Las dos formaciones se avistaron en el golfo en la mañana del 7 de octubre. Varían mucho los cálculos sobre los buques y los hombres de cada bando. Es probable que los turcos contasen con unos 230 navíos y más de 50.000 hombres. Los cristianos reunían unos 200 buques, no todos tomaron parte en la batalla, y alrededor de 40.000 hombres. Al finalizar el día, las naves de don Juan habían conseguido una victoria decisiva. El vicealmirante turco, Uluji Ali, huyó con unas treinta galeras; todas las demás fueron capturadas o destruidas. Los turcos sufrieron 30.000 bajas y entre ellos se hicieron 3.000 prisioneros. Comparativamente, las pérdidas cristianas fueron pocas: diez galeras y unos 8.000 hombres muertos.

En la tarde del 29 de octubre de 1571, un correo de Venecia llevó al embajador veneciano y a Felipe, por entonces en Madrid, noticias fidedignas de la victoria de Lepanto. «La alegría que recibió Felipe II con esta noticia fue extraordinaria», informó el embajador. «Ordenó en el mismo instante que se cantase un *Te Deum*»<sup>152</sup>. En los días siguientes, Madrid estalló en una orgía de celebraciones. Se organizó una procesión solemne, en la que el Rey insistió en tener al embajador veneciano a su lado. El enviado especial de don Juan, Lope de Figueroa, no llegó sino hasta mucho después, el 22 de noviembre. A la sazón, el Rey se encontraba en San Lorenzo. Uno de sus gentileshombres, gordo, alterado y sin resuello, irrumpió para decir que había llegado un mensajero de don Juan. «Sosegaos —dijo el Rey—, entre el correo, que lo dirá mejor»<sup>153</sup>. Felipe acosó ansiosamente a Figueroa con preguntas. «Durante la primera media hora no hizo otra cosa que inquirir, "¿Se encuentra bien mi hermano?" y todo tipo de preguntas», informaba este último. La Reina llegó con sus damas

y también lo interrogó. «Así, pasé una hora en la forma más placentera posible», escribió Figueroa a don Juan<sup>154</sup>. Felipe hizo alarde de «muy gran regocijo y alegría»<sup>155</sup>, ordenó al prior que cantara un *Te Deum* y pasó a sus aposentos en extremo feliz.

A don Juan se le dio toda la gloria pública que le correspondía. Felipe le escribió: «Estoy complacido a un grado que es imposible exagerar [...]. A vos, después de a Dios, se os debe dar, como ahora os doy, el honor y la gratitud»<sup>156</sup>. Don Juan fue debidamente representado en los seis largos lienzos que Felipe encargó algunos años después al pintor genovés Luca Cambiaso, para colocarlos en la residencia veraniega de Monesterio. El héroe militar de España, vencedor primero de las Alpujarras y ahora de Lepanto, don Juan, fue agasajado en toda la península. El Rey siguió desconfiando de su carácter, pero le honró como correspondía a sus triunfos.

Lepanto fue una victoria para la Cristiandad, pero jamás fue un triunfo exclusivo de España. Sin los recursos de los italianos, España se hubiera visto impotente para actuar. Felipe estaba perfectamente al tanto de esto. Ello explica su negativa a participar en las fantasías a que se daban hombres menos realistas, tales como don Juan y el papa Pío V. Imaginaban una posible liberación de Tierra Santa e incluso de Estambul. La leyenda de Lepanto perviviría. Uno de los muchos que lucharon en la batalla, un escritor desconocido de nombre Miguel de Cervantes, la describió como «la mayor ocasión que las edades pasada o presente han visto, o que las futuras puedan esperar ver». Felipe compartía el entusiasmo, pero «optaba por lo posible, no por lo grandioso»<sup>157</sup>. Siempre tras la paz, Felipe buscaba un asentamiento en el Mediterráneo. España debía, antes que nada, tener seguridad en África del Norte. Sin ello, sería difícil destinar recursos al Norte.

154. Stirling-Maxwell, I, 450.

155. *Memorias de fray Juan de San Gerónimo*, en CODDIN, VII, 82.

156. Stirling-Maxwell, I, 461.

157. Braudel, II, 1128.

152. Gachard, *Carlos V*, p. 118. La supuesta imperturbabilidad de Felipe al recibir las noticias es parte de una curiosa mitología que se ha fabricado en torno a él.

153. Cabrera, II, 121.